

HOMENAJE A GARCILASO DE LA VEGA

MIEDO EN LA TARDE DE LLUVIA

Llueve, sí, llueve mucho, y en los tristes senderos del parque solitario, se oye la sinfonía de la lluvia en las hojas, mientras se muere el día, y su luz, va entregando los adioses postreros.

Parece que me siguen: Son mis propias pisadas que rompen el silencio de esta paz, tan hermosa; Parece que me llaman: Es la voz misteriosa del viento, que se lleva las hojas arrancadas.

Siento una mezcla extraña de miedo y de dulzura, dos ecos diferentes resonando en la calma: La paz de este silencio, besándome en el alma, y el miedo ante la noche cada vez más oscura.

TEMOR

Porque sé que la vida nos arrastra
Y no sabemos lo que nos espera,
Porque vivir es entregar el alma
A una vida sincera,
Porque hay tantas incógnitas terribles
Que despejar no puedo
Y tengo un corazón loco y humano: y humano:
Tengo miedo

ARREPENTIMIENTO

Señor: si en esta noche me llamara la muerte
con su voz imperiosa de inaplazable espera,
no podría ofrecerte ni una rosa siquiera,
ganada en la cosecha del ansia de tenerte.

«El ladrón en la noche» llegaría de suerte
que el corazón dormido su actitud no entendería,
y acaso en mi mejilla, la lágrima postrera.
Fuera la única flor que lograra ofrecerte.

Tantas vanas palabras ocupando mi vida,
con el alma embriagada, con la vista perdida
en un ardiente anhelo de saciar mi ilusión...

Y no sentir que siempre marchabas a mi lado,
viendo en mí, «El hijo pródigo» por Ti tan esperado,
que al fin, en esta noche, quiere pedir perdón.

SUPLICA

Señor: Me estás llamando desde la orilla opuesta,
donde todo son campos, arroyuelos y día,
mientras yo voy muriendo de una lenta agonía,
porque cruzar el lago, ¡cuánto trabajo cuesta!

La cadena del mundo en mis pies está puesta,
y la siento tan fuerte, tan
pesada y tan fría,
que me encuentro sin fuerzas para que el alma mía
pueda desenlazarse de esta carga funesta.

Quiero estar a tu lado, mas siento las pasiones
que me prometen dichas y nuevas emociones,
desconocidos sueños que no logré alcanzar.

Y ya que soy tan débil, que no sé ir a tu lado,
no te enojés conmigo y olvida mi pasado,
vuelve a cruzar las aguas y venme a rescatar.

¿QUE ES LA FELICIDAD?

Tras la clara alborada del día de mi vida,
el rey sol, deslumbrante de vernal plenitud,
a su cálido beso despertaba mis ansias
de ensueños, de alegrías, de amor y juventud

Sentí en el alma anhelos de algo desconocido,
de recorrer el mundo y empezar a vivir;
de caminar, errante, por senderos soñados
sin saber que los sueños, son gozar y sufrir.

Caminé largamente, bajo cielos radiantes,
entre bosques espesos con sus frondas en flor;
vi cielos en las noches, tachonados de estrellas,
que en mi alma irradiaron centelleos de amor.

Yo pasé muchas noches bajo el foco argentado
de una luna brillante que rielaba en el mar;
y las olas que el viento, con su empuje arrastraba,
parecían decirme: es la hora de amar.

Promesas, más promesas me trajo la existencia;
promesas, más promesas con visos de verdad;
y en luchas y desvelos, yo misma me decía:
¿Dónde está lo que ansío? ¿Qué es la felicidad?

Al fin de los senderos, la luz de la esperanza
me guiaba hacia cumbres de un edén terrenal;
después, desilusiones, tristezas, y... otros sueños,
mientras yo me pregunto: ¿Dónde está el ideal?

El ensueño lo busca, sin lograr encontrarlo,
y acaso el imposible aumenta la ansiedad;
por eso preguntamos: ¿Es el logro la dicha?
¿Es la espera anhelante? ¿Qué es la felicidad?

Hoy ya siento el cansancio de abruptos recorridos,
de aleteos truncados que hundi6 la adversidad;
mas, ¿no está la alegría donde acaba el dolor?
¿O es la dicha lo fácil? ¿Qué es la felicidad?

María Angeles de Armas

TU HUELLA QUE SE POSA EN MI SILENCIO
(Apuntes para un auto sacramental en cinco tiempos)

I

Y el hombre,
torre de naipes
azotada por el viento,
quiso ser vuelo libre, gaviota;
quiso dejar el mar, hacerse nube;

flecha veloz en busca de diana,
aroma de la flor que lleva el viento.
Pero tan sólo
toda su huida era
el mirarse al espejo,
ponerse como límite a sí mismo
y crear para su risa
círculos y murallas.

Y fue tan sólo el hombre
triste palabra
que el olvido oculta,
mano escondida
que en la voz nos grita
con espinas,
sueño en los ojos
que salta y palpita
en sobresalto ciego.
Y fue tan sólo el hombre
confusión de la luz.

II

Siento, Señor, ser piedra arrojadiza
que los cristales rompe en nuestras almas,
tan pronto somos el domingo de palmas
como clavo que en muerte profundiza.
Ser débiles, Señor, es nuestro llanto,
el pedirte perdón es nuestro canto.

Si te miro en la cruz siento tristeza
porque mi andar, a veces, es la lanza

que a tu costado, sin temor, alcanza
y mi mentir, espina en tu cabeza.
Ser débiles, Señor, es nuestro llanto,
el pedirte perdón es nuestro canto.

III

La puerta que está abierta
es un interrogante,
ignoramos el agua
que el manantial esconde,

es abrir las ventanas
a todas las sorpresas
y encender una luz
a la esperanza nueva.

Atravesemos puertas y más puertas,
del nacer al morir, es el destino,
a veces, es verdad, un desatino,
que nos deja las ansias casi muertas.

Otras veces, a la alegría abiertas,
y nos llena los sueños de buen vino
y al paso pone vida en el camino
y no miramos ya las flores yertas.

De puerta a puerta es un pasar la vida,
llevemos la cosecha en la mirada,
en las manos el fruto o la herida.

Detrás de cada puerta una llamada,

no sabemos el día de partida,
por eso sólo Dios es alborada.

IV

Volvamos los relojes
al inicio de todo,
despertemos en los recuerdos brisas
que hagan florecer a los almendros,
contemplemos el día
que Dios, roto el silencio, se estremeció.
Y comprendió entonces El
el vuelo de palomas por la sangre,
el rumor de los ríos en la risa,
la ilusión de la luz
despertando a los gallos,
el titilar de hojas en los ojos
y ese crecer, crecer en el amor.

El amor,
 el perdón,
 la redención...
pentagrama escondido
en los silencios de Dios,
no había aún espejo
para salvar al hombre.
Solos, María y Dios.
El amor, el perdón, la redención...
balanceándose ellos estaban
sobre la nada, sobre el temor.
Solos, María y Dios.

Cuchillo fue la espera
hasta encontrar respuesta.
Solos, María y Dios.
«Aquí está la esclava del Señor».
Y el «sí» se hizo cohete airoso,
rayo de sol, golpe de ola
en el corazón.
Todo tuvo una escritura nueva
y Dios que se encarnó.

V

Una paloma despertó su vuelo
en los ojos de un niño.
Hacía sol en las manos
y cada paso era una sonrisa,
quiso gritar sobre los álamos
que el viento
se llamaba mujer.
Una paloma despertó su ilusión
en el latir de un hombre.

Angel Ballesteros

A LA PUERTA DE LA CASA

SIEMPRE los veo a la puerta
de la casa del río,
ésa que el agua mece y su corriente
la inunda con sonidos de antiguas catedrales.
Ella sentada, larga falda, blusa

negra y, entre sus manos,
el aire detenido en las varillas
de un cerrado abanico. Él a su lado,
de pie, la mano izquierda
apoyada en el hombro de la mujer que apenas
intenta sonreír. Y la derecha,
caído el brazo a lo largo del cuerpo,
sostiene entre sus dedos el sombrero
cordobés de ala corta,
color gris perla, el mismo
color del traje y el chaleco abotonado.

El fondo es una puerta de memoria entornada
por donde entran y salen mis juegos infantiles.
Juegos que han horadado
los ojos con que miro esta fotografía,
como horadan los años y las lágrimas
el cauce hoy seco de mis dos mejillas.

LA PROMESA

A mi hermano Ángel

ERAN aquellos años
en que la luz entraba muy despacio
en la casa de la pobreza.
(Entonces yo creía que Dios era un buen hombre
y su madre algo así como mi abuela,
que vigilaba nuestros juegos,
nos hacía merendar junto a sus faldas
y por las noches nos ponía unos higos
secos y unas almendras debajo de la almohada

para que al despertar
comiéramos el pan de su dulzura).
Mi padre, capitán de lo imposible,
nos llevó hasta la isla de la presa. En silencio,
el cielo se vistió de nubes bajas.
Y mientras él llamaba por su nombre a los peces,
mi hermano y yo en la isla
respiramos el fuego de un incendio.
La palabra de Dios se hizo relámpago,
su voz en trueno, su venganza en lluvia
y el rayo destructor cayó en los árboles,
entre dos niños solos
que abrazados en medio de la noche
lloraban la desgracia de un cielo vengativo.
Entonces
nos acordamos de mi abuela
–quiero decir la madre de Dios–, y prometimos
ir a verla a diario durante treinta días,
como se dan los plazos en la literatura,
a su casa sin lluvia detrás de los jardines
donde vivía mi abuela –quiero decir la Virgen–,
porque mi abuela siempre
vivió en aquella casa de lluvia junto al río.
Pero nunca cumplimos la promesa.
Alguien nos dijo que por ello
seríamos castigados con más fuego y más truenos.
Mi hermano y yo vivimos desde entonces
castigados, lo mismo que vosotros.
Y la Virgen –quizá también mi abuela–
desde su altar de plata y flores secas
–desde su casa abierta sobre el río–,
nos mira compasiva.

UN CUENTO

AHORA voy a contaros de mi padre
algo que nadie sabe
–ni yo mismo lo sé–, pero que es cierto.
Fue pescador, mas no del Mar del Norte,
ni ballenero. El pescaba día
a día. Se embarcaba
detrás del mostrador de su desgracia
y allí los peces y los vinos –tinto
peleón, blanco suave, agua del Tajo–,
le saludaban sin cruzar palabra.
Y mi padre les daba sólo un toque
de dolor, unas lágrimas azules
para que otros pudieran
beber despacio en vasos de humo
los años de sangría, de enloquecido vino
que salpicaba las botellas.
En una presa –no era empresa fácil–,
reparaba el trasmallo
de las desgarraduras que le hacía la corriente.
Y de un álamo blanco
que cantó Garcilaso, aunque él no lo sabía,
cortaba de sus ramas la más dulce
para el palo mayor de la balanza.

RETRATOS DE PAPEL

NO es que yo quiera
decir que no me pasa nada, pero
hay cosas que nos llegan
hasta lo hondo.
Por ejemplo, uno

se pone a pasear por la orilla del río
y oye cómo los árboles murmuran.
O atraviesa los puentes
para mirar a la ciudad de lejos
y ve cómo las torres se agachan entre nubes.
O se para un momento y mira el agua
contemplando el retrato de su padre,
y llega la corriente y se lo lleva
como un papel,
y también el retrato de su madre,
y el de su hermano, y el de su otro hermano,
y así, y así... Pero hasta dónde,
a este paso, podemos llegar.
No es que yo quiera
que se callen los árboles,
ni que las torres vivan más erguidas,
ni que se pare el agua. Pero esos
retratos de papel, esos retratos...

Joaquín Benito de Lucas

MEMORIAL DEL AMOR Y DEL TORMENTO

Garcilaso a Isabel Freire

INSCRIPCION

Desde la eternidad que Dios me ha dado,
aherrojado en las lindes de la gloria,
añoro del efímero pasado
la sufriente pavesa de mi historia.
No reniego el dolor desacordado,
que aún es brasa que cruje en mi memoria.

Levanto a tanto fuego un monumento,
memorial de mi amor y mi tormento.

I. EL TAJO

¿Cómo cifrarte en versos, Padre bueno,
soporte de mis ninfas y mi llanto,
si apenas te vislumbro ya entre tanto
verdinegro dolor turbio y ajeno?

Yo que te vi tan rubio y tan sereno,
pintado en mil ocasos de amaranto,
¿qué ultraje se ha inflingido hoy a tu encanto,
que apenas eres deleznable cieno?

Sólo existe en mis versos tu alba espuma,
tus ninfas mitológicas, tus ondas,
la húmeda hiedra de tus arboledas.

Y aunque oigo aún el susurro que mi pluma
describió en la espesura de las frondas,
no fluyes ya y en tu dolor te quedas.

II. ISABEL

Ahora que, al fin, te tengo entre mis brazos,
divina Elisa, en el gozar del cielo,
ajeno ya al sensible desconsuelo,
atado a ti con invisibles lazos,
mi pluma evoca los dolientes trazos,
la noche inacabable y los desvelos
que por ti yo pasé, la fe y los celos
del pobre corazón hecho pedazos.

¡Qué triste suerte la del ser humano!
Aquí, en la eternidad en que me afano,
me acucia un insaciable desvarío!

Y es que nada es mi amor sin el paisaje,
sin el tiempo que muerde, sin ultraje,
sin soledad, sin árboles, sin río.

III. TOLEDO

Todo lo fui por ti, el adolescente
que soñó junto al Tajo el desvarío
de un imposible amor, mientras el río
los versos deshojaba en su corriente.

Todo lo fui por ti, el resplandeciente
caballero del César y el sombrío
varón que conturbó el escalofrío
de una espada soñada inútilmente.

Todo lo fui por ti, hasta la locura
de entregarme en los brazos de la muerte,
morir de amor, morir en tierra extraña.

Todo lo fui por ti, pluma, armadura,
tormento y laberinto, fuego inerte,
gloria y olvido de la triste España.

José María Gómez Gómez
Del libro «Los recodos del laberinto»

GUIOMAR CARRILLO A ISABEL FREIRE

Guiomar Carrillo fue el primer amor de Garcilaso.

Tuvieron un hijo, Lorenzo Suárez de Figueroa.

Divina Elisa, pues Amor lo quiso,
 tuya la fama sea y sus arcanos
 hados, tuyos los versos italianos
 y el melancólico sentir sumiso.
 Honren tu nombre el oro y la azucena,
 el llanto de Salicio y Nemoroso,
 del rubio Tajo el discurrir quejoso,
 Dafne y Apolo, Progne y Filomena...
 ¡Y lllore yo el destino y su locura!
 Tú, que fuiste tan sólo una quimera,
 has llenado magnífica y señera
 los anales de la literatura.
 Yo, en cambio, que lo tuve entre mis brazos
 y ardiente en mis entrañas el latido
 de su sangre me ató con hondos lazos,
 he merecido sólo ingrato olvido.
 Guiomar Carrillo me llamé. La gloria
 renegó de mi nombre y de mi historia.

José María Gómez Gómez.

POEMA

Diez lirios metálicos fundidos en la boca,
 nueve garcilasos a caballo transparentes,
 ocho patos con pico de barro.

Siete espectros agarrados al humo de mi flauta,
seis italianos hacrinados en el barco del sol,
cinco ríos negros en el Tajo celeste,
y cuatro afluentes de agua amarilla,
tres libros abiertos como una sola puerta cerrada.
Dos palabras tirando en sentido contrario.
Una tumba de poeta a la sombra.

Miguel Angel Curiel

MIRANDO UN CUADRO

Aquella casa del fondo,
recostada en inestable
equilibrio de murallas,
la levantó un albañil,
Antonio, el Jupa»,
con el sudor sagrado de mi padre
y la ilusión constante de mi madre
Allí nació yo; allí nació mi hermano.
En sus lechos murieron, a su vez,
aquellos que son ahora recuerdo...
Allí recuperamos una infancia
que casi nos enluta un sanatorio...
De allí salí hacia un tren
que me llevaba interno...
y en ella gané, con mis primeras clases,
el orgullo de mi primer dinero...
Ahora tiene cerradas las ventanas
y toda su fachada es de silencio.
Y yo la observo al fondo de este cuadro

como abriéndola a golpes de recuerdos,
¡Ah, la casa estrenada de mi infancia!
¡Ah, la casa olvidada entre los tiempos!
La casa levantada por mis padres
en paredes de vida y sentimiento.
Aferra tu ladrillo a la muralla.
¡Toma mi corazón hecho cimiento!

AMISTAD

¿Bueno?, ¿malo?, ¿regular?
Yo no escribo buscando un adjetivo.
Yo escribo para verter mi corazón,
para verter desde dentro mi alma entera,
en la hoja blanca de un papel incierto,
Yo escribo para haceros llegar mi sentimiento:
Un sentimiento de amor y de esperanza,
Y por deciros, a todos, con mis versos,
que os quiero desde el fondo de mi alma,
un fondo que se enfianga en actitudes
y se revuelve al decir de mis palabras.
Yo escribo para cantar la primavera
y el otoño, los calores y las nieves,
a la semilla que engendra
y al fruto que acompaña hasta el invierno.
Y quiero llevaros mis palabras
a la posible sombra de los ojos
que, a veces, empaña las miradas.
Y busco consolaros en la penas
y compartir con vosotros la alegría,
para después recogerla en unos versos

y ofrecérosla, amigos, a porfía.
 No me llego hasta el trino de los mirlos,
 ni a las blancas faldas de la nieve,
 ni me acerco al fulgor de la amapola,
 ni al dorado crecer de las espigas.
 ¿Soy malo, regular, bueno?
 Soy un poeta que quiere a sus amigos
 y que, libre de su desventurado genio,
 quisiéralo sellar con estos versos.
 Y que veáis en ellos, que no en mí,
 un poco del amor con el que os quiero.

PRIMAVERA

«*La primavera ha entrado cantando en mi jardín*»
 (M.^a Luisa Muñoz de Buendía).

Llegó tras un preludeo de camelias
 y lo hizo en silencio, rosa a rosa.
 En silencio, repito,
 se levanta en conos blancos el magnolio
 y sus verdes extienden las hortensias.
 Todo el proceso de germinación y floraciones
 ha sido, una vez más, callado y lento.
 ¿Acaso no llegaron a mis horas
 las canciones del mirlo y de los álamos?
 No. Los álamos, los mirlos y las flores,
 en esta primavera de mis años,
 han venido en las canciones de tu luz,
 de tu luz de besos y alegría:
 Si tú has cantado (y lo has hecho, en efecto,
 sí que llegó a cantar en mi jardín la primavera.

Porque tú, ya lo sabes desde entonces,
eres la única canción de mi camino.

LIRIO, PÁJARO ... ¡HOMBRE!

*«Sé que el lirio del campo,
Tras de su humilde oscuridad en tantas noches
Con larga, espera bajo tierra,
Del tallo verde erguido a la corola alta
Irrumpe un día en gloria triunfante»*
(Luis Cernuda)

¿Resucitará el lirio y no yo?
¿No sabré transformar la oscuridad de tantos días,
en mi gloria triunfante?
¿No seré capaz, desde mi verde e inmaduro tallo,
de alcanzar la corola que levanta?
Pese a tu riego, Señor, y a tu cuidado,
¿me llegaré hasta Ti con mi túnica rota,
mi túnica de sombras,
mi túnica incierta de colores grises?
Quítame mi condición de hombre
y hazme lirio en tu campo...
Pero, no; así me has creado
y así me pides que te alcance.
Entonces, Señor,
haz que me deje vestir como tus lirios
y que me deje cuidar como tus pájaros.
Y que me olvide, ya es hora, de mí mismo
entre la oscura bruma de mi noche.
Será la única manera de alcanzarte:
Como pájaro, cual lirio y como hombre,

Ángel del Valle

TU FRAGUA

*A mi padre, rejero, que murió de un infarto de miocardio
mientras trabajaba, a los 56 años de edad.*

Pasé por tu fragua ayer
y la volví a encontrar muda.
Muda de fuego y de chispas,
de carbones encendidos,
de tus brazos levantándome,
de caricias...

y de risas.

Pasé por tu fragua ayer
y la ví otra vez vacía.
Sólo tengo de recuerdos
llena el alma
y tengo el alma vacía
del pinchazo de tu barba
en mis mejillas.

Tengo vacíos mis oídos
de golpes de macho y yunque,
como tengo mis retinas
huérfanas del rojo blanco
en la bigornia infinita de tus horas
ya finitas.

Ya sólo tengo de tí
el aire que te envolvía.
Sólo el aire. Solo el aire
que me abraza y me acaricia
y me besa sin pincharme
las mejillas.

DÉJAME CONTAR

Déjame contar luceros,
pececillos de colores
y nenúfares
en tu manantial de plata.
Déjame contar recuerdos
entre tus noches sin luna;
y entre tus cabellos grises,
déjame contar pasiones
y manojillos de flores.
Déjame contar gemidos
y suspiros y latidos.
Déjame contar sonrisas
y déjame contar llantos
y lamentos en la brisa
del aroma de tu piel
que aún sigue fresca
para mí.
Déjame contar caricias
y miradas traspasando
mis sentidos.
Déjame contar sonidos
y arco iris envolviéndote
y rayos de sol bruñendo
tu diadema azabache.
Déjame contar, mi vida,
tu vida,
antes que uno de los dos
se marche.